

"Hace falta un pueblo entero para educar a un niño"

Proverbio africano

Podríamos estar de acuerdo que el objetivo final de la tarea educativa es conseguir individuos, personas que sepan disfrutar de su libertad gracias a saber equilibrar la satisfacción de sus necesidades con el aporte y el respeto a las necesidades colectivas, necesidades democráticamente asumidas. Y ello comportaría una sociedad armónica, donde lo colectivo y lo individual irían de la mano procurando un mundo suficientemente feliz.

Entender las propias necesidades (de las perentorias a las espirituales, de las prácticas a las lúdicas), entender sus obvias implicaciones en las necesidades colectivas, y entender éstas como la base de nuestro éxito social, de nuestro reconocimiento (de que nos quieran...) parece el centro neurálgico de la tarea educadora. Y es una tarea que no acaba nunca.

Pero si entendemos la educación como un mecanismo para dotar a los individuos de una serie de destrezas y conocimientos que los hagan útiles socialmente (que se puedan ganar la vida, y hacerla ganar a otros), y que encaucen sus deseos personales de una manera no conflictiva, entonces es normal que dejemos a los profesores y a los planes educativos el peso de la educación.

Parece que el proverbio africano nos habla de esa tarea global de la educación, de esa implicación de todos en la formación de los individuos, de las personas. Y es que esa tarea hace replantear continuamente quiénes somos y adónde vamos. Genera un debate permanente a todos los niveles, en todos los entornos: es tarea de un pueblo entero. Empezando por la familia, por la madre que es la primera que marcará ese diálogo básico entre necesidades del uno y el otro.

La familia, con todas sus diversas composiciones y formas, ha sido y es el núcleo básico de nuestra afectividad, nuestro sustento, nuestra educación. Más tarde, las destrezas sociales más sofisticadas necesitaron espacios especializados para su transmisión: no era la familia el lugar para aprender la retórica, la oratoria, la ciencia. Pero también apareció (allá por el siglo XVII) la institución de la escuela como elemento de mejora personal y social para los que no tenían familia (la escuela pía). Y ese modelo de escuela-familia fue en parte la base de nuestras escuelas actuales: espacios de larga ocupación en el tiempo que procuraban una formación muy integral.

Las familias actuales, con su carga de responsabilidades sociales y profesionales, soportan con dificultad la tarea educativa. La escuela está abrumada con las demandas que se le exigen (todos los problemas los debe resolver la escuela...). Y nosotros, como individuos, estamos inmersos en una sociedad tremendamente dinámica, que pone a prueba constantemente ese equilibrio entre lo personal y lo social.

Somos un animal en continuo estado educativo. Nos formamos, nos educamos constantemente. Y para eso necesitamos al "pueblo entero". La ciudad, los medios de comunicación, los lugares de trabajo, todos tienen responsabilidades educativas (ya hace algún tiempo que se puso en marcha el concepto de "ciudad educadora").

¿Hemos de plantearnos el concepto de "empresa educadora"? Ciertamente es que el concepto de formación continua, o la implicación de ciertas empresas en la provisión de servicios educativos para los hijos de sus empleados, ya forma parte de nuestro panorama. Pero la idea tendría que ver más con una visión global del paradigma educativo y su incidencia en los procesos cotidianos del trabajo y de los entornos profesionales.

¿Hemos de plantearnos el concepto de "empresa educadora"?

¿No es el ámbito laboral un lugar de permanente puesta al día del equilibrio entre la satisfacción de las necesidades personales y el aporte y el respeto a las necesidades colectivas? ¿No incorpora el espacio profesional un continuo debate entre éste y el espacio familiar? ¿No son las nuevas formas familiares causa o consecuencia de las nuevas formas laborales?

Si pensamos en la posibilidad de trabajar con una mente disciplinada, sintética, creativa, respetuosa y ética, estamos incorporando a nuestro mundo laboral uno de los muchos debates (*Las cinco mentes del futuro: un ensayo educativo*, H. Gardner) que desde la educación y con voluntad transversal intentan involucrar a todos.

Quizás hemos de plantearnos, con humildad, que nuestra educación es siempre una tarea inconclusa. Y siempre la tarea de un pueblo entero.

